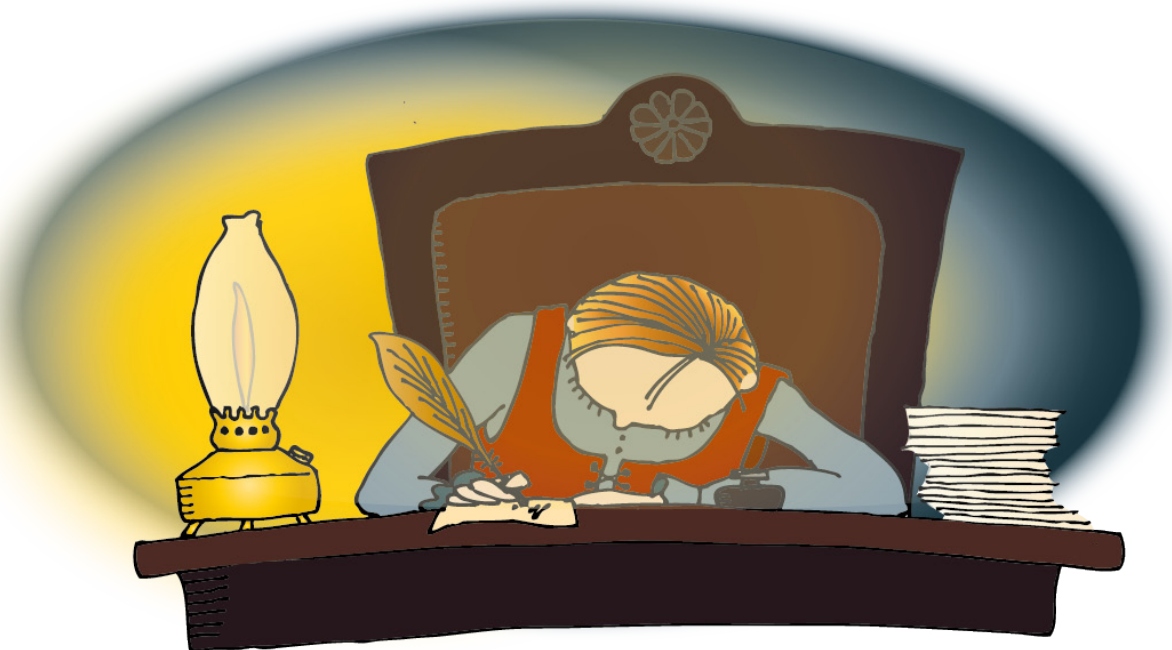
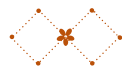


El pequeño escribiente florentino

Edmundo de Amicis



Estaba en el cuarto curso elemental. Era un simpático florentino de doce años, cabellos rubios y tez blanca, hijo mayor de un empleado de ferrocarriles que, teniendo mucha familia y poco sueldo, vivía muy estrechamente. Su padre lo quería mucho, y era con él bueno e indulgente. Indulgente en todo menos en lo que tenía que ver con la escuela: en esto era muy exigente y demostraba bastante severidad, porque el hijo debía estar pronto en condiciones de obtener otro empleo para ayudar a sostener a la familia. Y para valer algo pronto, necesitaba trabajar mucho en poco tiempo; y aunque el muchacho era aplicado, el padre lo exhortaba siempre a estudiar. Tenía el padre ya una edad avanzada, y por otra parte el exceso de trabajo lo había envejecido prematuramente. En efecto, para cubrir las necesidades de la familia, además del mucho trabajo que tenía en su cargo,



conseguía a la vez, por aquí y por allá, trabajos extraordinarios como copista, y se pasaba en su mesa buena parte de la noche, sin descansar. Últimamente había recibido, de una casa editorial que publicaba libros y periódicos, el encargo de escribir en las etiquetas el nombre y la dirección de los suscriptores, y ganaba tres liras por cada quinientas de aquellas tiras de papel, escritas con caracteres grandes y regulares. Pero esta tarea lo fatigaba, y se lamentaba de ello a menudo con su familia a la hora de comer.

—Estoy perdiendo la vista —decía—. Esto de trabajar de noche acaba conmigo.

El hijo le dijo un día:

—Papá, déjame trabajar en tu lugar; tú sabes que escribo tan regular como tú.

Pero el padre respondió:

—No, hijo, no, tú debes estudiar. Tu escuela es algo mucho más importante que mis etiquetas, y yo sentiría remordimientos si te quitara una sola hora de estudio. Te lo agradezco, pero no quiero; y no hables más de esto.

El hijo sabía que era inútil insistir en aquellas cosas con su padre, y no insistió. Pero hizo lo siguiente. Sabía que a las doce en punto su padre dejaba de escribir y salía del despacho para ir al dormitorio. Alguna vez lo había oído: apenas el reloj daba las doce, percibía inmediatamente el rumor de la silla que se movía y el lento paso de su padre. Una noche esperó a que estuviese ya en su cama, se vistió sin hacer ruido, anduvo a tientas por el cuarto, encendió la lámpara de petróleo, se sentó frente a la mesa del despacho, donde había un montón de etiquetas blancas y la indicación de las señas de los suscriptores, y empezó a escribir imitando lo mejor que podía la letra de su padre. Y escribía contento, con gusto, aunque con miedo; las etiquetas escritas aumentaban, y de vez en cuando dejaba la pluma para frotarse las manos; luego continuaba con más alegría, sonriente y con el oído atento. Escribió ciento sesenta; ¡casi una lira! Entonces se detuvo; dejó la pluma donde estaba, apagó la luz y se volvió a la cama en puntas de pies.

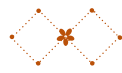
Aquel día, a las doce, el padre se sentó a la mesa de buen humor. No había advertido nada. Hacía aquel trabajo mecánicamente, contando las horas, pensando en otra cosa, y sólo contaba las etiquetas escritas al día siguiente. Sentado a la mesa con buen humor y poniendo la mano en el hombro de su hijo, le dijo:

—¡Eh, Giulio, mira qué buen trabajador es tu padre! En dos horas ha trabajado anoche un tercio más de lo acostumbrado. La mano está ágil todavía, y los ojos siguen cumpliendo con su deber.

Giulio se decía, muy contento: “¡Pobre padre! Además de la ganancia le he dado también esta satisfacción: la de creer que ha rejuvenecido. ¡Ánimo, entonces!”

Alentado por el éxito, apenas dieron las doce de la noche siguiente se levantó nuevamente y se puso a trabajar. Y continuó haciéndolo así varias noches. Entretanto, su padre seguía





sin darse cuenta de nada. Sólo una vez, mientras cenaban, se le ocurrió hacer esta observación:

—¡Es raro cuánto petróleo se gasta en esta casa desde hace un tiempo!

Giulio se estremeció; pero la conversación no pasó de allí, y el trabajo nocturno siguió adelante.

Lo que sucedió fue que, al interrumpir de ese modo su sueño todas las noches, Giulio no descansaba lo suficiente; por la mañana se levantaba todavía cansado, y por la noche, al estudiar, le costaba esfuerzo mantener abiertos los ojos. Una noche, por primera vez en su vida, se quedó dormido sobre sus tareas.

—¡Vamos, vamos! —le gritó su padre dando una palmada—. ¡A trabajar!

Se asustó y se puso nuevamente a estudiar. Pero en las noches y los días siguientes la cosa continuaba igual, e incluso peor: cabeceaba sobre los libros, se despertaba más tarde de lo acostumbrado; repasaba las lecciones de mala gana, y parecía que le disgustara el estudio. Su padre empezó a observarlo; después se preocupó y, finalmente, tuvo que reprenderlo. Nunca había debido hacerlo por esta causa.

—Giulio —le dijo una mañana—, te estás descuidando mucho, ya no eres el mismo de antes. Yo esto no lo quiero. La familia cifraba todas sus esperanzas en ti. Estoy descontento. ¿Comprendes?

Ante este regaño, el único verdaderamente severo que había recibido, el muchacho se sintió turbado.

—Sí, es verdad —murmuró entre dientes—, así no se puede continuar; es necesario terminar con el engaño.

Pero la noche de aquel mismo día, durante la cena, su padre exclamó con alegría:

—¡Sepan que este mes he ganado con las etiquetas treinta y dos liras más que el mes pasado!

Y al decir esto puso en la mesa una bolsita de dulces que había comprado para celebrar con sus hijos la ganancia extraordinaria, y todos la acogieron con júbilo. Entonces Giulio se animó y pensó para sí: “¡No, pobre padre, no dejaré de engañarte. Haré más esfuerzos para estudiar mucho en el día, pero voy a seguir trabajando de noche para ti y para todos los demás”.

Y añadió el padre:

—¡Treinta y dos liras...! Estoy contento... Pero hay otra cosa —y señaló a Giulio— que no me gusta.



Y Giulio recibió la reconvención en silencio, reteniendo dos lágrimas que querían salir, pero sintiendo, al mismo tiempo, cierta dulzura en el corazón. Y siguió trabajando con ahínco; pero al acumularse un trabajo sobre el otro, le resultaba cada vez más difícil resistir. La cosa duró casi dos meses. El padre continuaba regañando al muchacho y mirándolo cada vez más enojado. Un día fue a preguntar por el maestro, y éste le dijo:

—Sí, cumple, porque tiene buena inteligencia, pero no está tan aplicado como antes. Se duerme, bosteza, está distraído, hace sus tareas demasiado rápido, cortas, con mala letra. Él podría hacer mucho más, pero mucho más.

Aquella noche el padre llamó aparte al hijo y le hizo reconvenciones más severas que las que hasta entonces le había hecho.

—Giulio, tú ves cómo yo trabajo y gasto mi vida por la familia. Pero tú no me secundas, no tienes lástima de mí, ni de tus hermanos, ni siquiera de tu madre.

—¡Ah, no, no diga usted eso, padre mío! —gritó el hijo, ahogado por el llanto, y abrió la boca para confesarlo todo.

Pero su padre lo interrumpió, diciendo:

—Tú conoces la situación de la familia: sabes que todos necesitamos hacer grandes sacrificios. Yo mismo debería duplicar mi trabajo. Estos últimos meses yo contaba con una gratificación de cien liras en el ferrocarril, y esta mañana he sabido que ya no la tendré.

Ante esta noticia, Giulio retuvo la confesión que estaba a punto de escapar de sus labios, y se dijo resueltamente: “No, padre mío, no te diré nada; guardaré el secreto para poder trabajar por ti. De este modo compenso el dolor que te causo. En la escuela siempre estudiaré lo suficiente para salir del paso; lo importante es ayudar a que nos ganemos la vida y aliviarte de la ocupación que te mata.”

Siguió adelante, y así pasaron otros dos meses de tarea nocturna y de pereza durante el día, de esfuerzos desesperados del hijo y de amargas reflexiones del padre. Pero lo peor era que éste se iba enfriando poco a poco con el niño, y no le hablaba ya sino raras veces, como si fuera un hijo desnaturalizado del que no hubiese nada que esperar. Casi lo rehuía para no encontrar su mirada; Giulio lo notaba, sufría en silencio, y cuando su padre volvía la espalda, le enviaba un beso furtivo, volviendo la cara con un sentimiento de triste y compasiva ternura; mientras tanto, el dolor y la fatiga lo demacraban y le hacían perder el color, llevándolo a descuidarse cada vez más en sus estudios. Perfectamente comprendía que todo acabaría en un momento, la noche en que dijera: “Hoy no me levanto”. Pero al dar las doce, en el momento en que debía confirmar con energía su propósito, sentía remordimientos, le parecía que al quedarse en la cama faltaba a su deber, que robaba una lira a su padre y a su familia. Y se levantaba pensando que cualquier noche que su padre se despertara y lo sorprendiera, o que por casualidad se enterara al contar las



etiquetas dos veces, todo terminaría de modo natural, sin un acto de su voluntad, para el cual no tenía ánimos. Y así continuó la cosa.

Pero una tarde, en la comida, el padre pronunció una palabra decisiva para él. Su madre lo miró, y pareciéndole que estaba más desmejorado y más pálido que de costumbre, le dijo:

—Giulio no está bien. ¡Mira qué pálido está! Giulio mío, ¿qué tienes?

El padre lo miró de reojo y dijo:

—La mala conciencia hace que tenga mala salud. No estaba así cuando era un estudiante aplicado y un hijo cariñoso.

—¡Pero está enfermo! —exclamó la mamá.

—¡Ya no me importa! —respondió el padre.

Aquellas palabras hicieron el efecto de una puñalada en el corazón del pobre muchacho. ¡Ah! A su padre, que en otro tiempo temblaba con sólo oírlo toser, ya no le importaba su salud. Ya no lo quería, pues: en el corazón de su padre él había muerto. “¡Ah no, padre mío!”, dijo para sí con el corazón angustiado, “ahora esto se termina de veras; no puedo vivir sin tu cariño, lo quiero todo. Te lo diré todo, no te engañaré más y estudiaré como antes, pase lo que pase, para que tú vuelvas a quererme, padre mío. ¡Oh, estoy decidido a que sea así!”

Sin embargo, aquella noche se levantó una vez más, por fuerza de la costumbre antes que por otra causa, y al levantarse quiso ir a despedirse, a volver a ver por algunos minutos, en el silencio de la noche, por última vez, aquel cuarto donde tanto había trabajado en secreto, con el corazón lleno de satisfacción y de ternura. Y cuando se volvió a encontrar en la mesa con la luz encendida, y vio aquellas etiquetas blancas sobre las cuales no iba ya a escribir más aquellos nombres de ciudades y de personas que se sabía de memoria, le vino una gran tristeza e involuntariamente tomó la pluma para reanudar el trabajo acostumbrado. Pero al extender la mano tocó un libro, y éste se cayó. Se quedó helado. Si su padre se despertaba..., cierto que no lo habría sorprendido cometiendo ninguna mala acción, y que él mismo había decidido contárselo todo; sin embargo... Oír aquellos pasos acercándose en la oscuridad, ser sorprendido a aquella hora y en aquel silencio, que su madre se hubiese despertado y asustado, pensar además que su padre pudiera experimentar delante de él una humillación al descubrirlo todo... Todo esto casi lo aterraba. Aguzó el oído, conteniendo la respiración. No oyó nada. Escuchó por la cerradura de la puerta que tenía detrás: nada. Toda la casa dormía. Su padre no había oído. Se tranquilizó y volvió a escribir.

Las etiquetas se amontonaban una sobre otras. Oyó el paso cadencioso de la guardia municipal en la calle vacía; luego, un ruido de carruajes, que cesó al cabo de un rato; después, luego de algún tiempo, el rumor de una fila de carros que pasaron lentamente; más tarde, un silencio profundo, interrumpido de vez en cuando por el ladrido de algún perro. Y siguió escribiendo.



Entretanto, su padre se hallaba detrás de él; se había levantado cuando se cayó el libro, y esperó buen rato: el ruido de los carros había cubierto el rumor de sus pasos y el ligero chirrido de las hojas de la puerta, y estaba allí, con su blanca cabeza, sobre la negra cabecita de Giulio. Había visto correr la pluma sobre las etiquetas, y en un momento lo había olvidado todo. Lo había recordado y comprendido todo, y un arrepentimiento desesperado, una ternura inmensa había invadido su alma y lo mantenía clavado allí, detrás de su hijo. De repente, dio Giulio un grito agudísimo; dos brazos convulsos lo habían tomado por la cabeza.

—¡Oh, padre mío, perdóname! —gritó, reconociendo a su padre y llorando.

—¡Perdóname tú a mí! —respondió el padre sollozando y cubriendo su frente de besos—. Lo he comprendido todo, todo lo sé. Yo soy quien te pido perdón, santa criatura mía. ¡Ven, ven conmigo!

Y lo empujó, más que llevarlo, hasta la cama de su madre, despierta, y arrojándolo entre sus brazos le dijo:

—Besa a nuestro hijo, a este ángel, que desde hace varios meses trabaja por mí y no duerme. ¡Y yo he entristecido su corazón mientras él ganaba nuestro pan!

La madre lo tomó y lo apretó contra su pecho, sin poder articular palabra; luego dijo:

—A dormir enseguida, hijo mío; anda a dormir y a descansar. ¡Llévalo a la cama!

El padre lo alzó en brazos, lo llevó a su habitación, lo metió en la cama, siempre acariciándolo, suspirando, y le arregló las almohadas y la colcha.

—Gracias, padre —repetía el hijo—, gracias. Pero ahora anda tú a la cama; ya estoy contento, anda a la cama, papá.

Pero su padre quería verlo dormido, y sentado a la cabecera de su cama le tomó la mano y dijo:

—¡Duerme, duerme, hijo mío!

Y Giulio, exhausto, se quedó por fin dormido, y durmió muchas horas, disfrutando por primera vez, tras muchos meses, de un sueño tranquilo, alegrado por sueños llenos de risa; y al abrir los ojos, cuando hacía ya un buen rato que alumbraba el sol, sintió primero, y la vio luego cerca de su pecho, apoyada sobre la orilla de la cama, la cabeza blanca de su padre, que había pasado así la noche, y dormía aún, con la frente reclinada al lado de su corazón. ✨